

LA PELICULA SELECTA

MEXICO

Y

SAN FRANCISCO



30

CENTAVOS

30

CENTAVOS

EL DIRIGIBLE

CARL SEITZ

EDITOR



CAPRA, Franks

El Dirigible

~~(FILM, 1931)~~

(DIRIGIBLE, 1931)

REPARTO

Jack	Jack Holt
Frisky.	Ralph Glöves
Helen.	Marceline Day

ARGUMENTO

de la película Columbia



EL CINE

Calle de Aragón, núm. 197

BARCELONA

El Dirigible



EL DIRIGIBLE

CAPITULO I

Helen Pierce se paseaba nerviosamente por la pequeña salita de su casa. De vez en cuando se acercaba a una ventana y sus miradas ansiosas escudriñaban el horizonte hacia el lado del Oeste.

Su rostro, casi infantil, estaba surcado por prematuras líneas de cansancio o tensión nerviosa.

Cerca de la ventana, en una mesa, un periódico yacía extendido, y allí en la primera página, con letras conspicuas el titular siguiente: «De nuevo Frisky Pierce establece otro record, en un arriesgado vuelo de costa a costa» y seguía una nutrida información sobre el valeroso aviador.

Desde la ventana, Helen podía dominar con la vista la vasta extensión del aerodromo naval en la Estación de Lakehurst.

Era el día de la Marina y millares de aviones y globos cubrían el espacio. Dominándolos a todos, majestuosamente balanceándose encima de los de-

más, estaba el gigantesco Dirigible «Pensacola», rey del aire y orgullo de la Marina americana.

Helen dirigió una mirada al «Pensacola» y un sentimiento de infinita ternura le invadió el alma. Allí arriba, al mando del potente dirigible estaba Jack Bradón el amigo insuperable.

La joven sabía que podía contar, en cualquier circunstancia crítica de su vida con él... ¡Jack la amaba! La amaba desde mucho antes de que ella se casara con Frisky Pierce.

Helen recordaba el estupor del joven cuando le anunció que se iba a casar con Frisky. Vió la sombra dolorosa que ensombreció el rostro del oficial, y el esfuerzo que hizo para no traicionarse. Recordaba la actitud de Jack el día de la boda, sonriendo con gesto desesperado mientras ella, en su egoísta alegría, lo olvidaba completamente.

Jack la seguía amando a pesar del tiempo. Pero el pandoroso militar era el mejor amigo de Frisky y sus labios quedarían sellados siempre para no faltar a la fe de la amistad.

Habían transcurrido dos años desde el día en que Helen se convirtió en señora de Pierce... ¡Dos años!

De pronto el rostro de la joven se cubrió de angustia. Un rictus amargo le dibujó una pálida sonrisa en los labios temblorosos. Frisky Pierce, su marido, no se había portado bien con ella. Su felicidad había sido la cosa secundaria en la vida del gran aviador. La gloria, las alabanzas, los efímeros bienes terrenales por los cuales exponía constantemente su vida en los caminos del aire, llevaban el corazón de Frisky... Los enormes titulares de los periódicos absorbían su atención.

Helen apretó sus menudos puños en un gesto de desesperada impotencia, y mirando al cielo, murmuró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas: «No me he casado con un hombre, no, sino con un maniático de gloria y fama.»

Bruscamente tomó el periódico que estaba a su alcance: desde las columnas la cara sonriente, ingenua como la de un niño, de Frisky la miraba... Contemplando aquel rostro Helen sintió un sentimiento de angustia, de contricción... Lo amaba a pesar de todo. Frisky era sencillamente un valeroso niño grande. Era precisamente por amarlo tanto que sentía aquellos celos atroces hacia la multitud que lo aplaudía, hacia la gloria que lo acechaba. ¡Lo hubiera querido para ella sola!

De pronto los gritos delirantes de la muchedumbre le llamaron la atención. Helen se asomó a la ventana y escudriñó el espacio. A lo lejos, en el horizonte infinito, altísimo y casi detrás de la cortina color naranja de la puesta del sol, un leve punto negro se sostenía en el espacio. ¡Era el avión donde venía Frisky!

La joven suspiró. Un sentimiento como de cansancio le bañó el alma atormentada por tantas emociones. El mal humor anterior se convirtió súbitamente en alegría enorme: ahora gozaba, como siempre, del triunfo de su marido.

Frisky Pierce había establecido un nuevo record. Habían pasado trece horas desde que dejara las costas de California. Valeroso Frisky, murmuró Helen. Valeroso como un león y sencillo e ingenuo como un niño.

El lejano punto en el espacio crecía y crecía... La

muchedumbre gritaba, se empujaba, tiraba los sombreros y parecía loca de entusiasmo. El avión comenzó a hacer volteretas, peligrosos juegos con los cuales Frisky arrebatava a los espectadores, Helen sintió que una mano le oprimía la garganta... cerró los ojos un instante y al abrirlos de nuevo vió que el avión, enderezándose de pronto enfiló recto hacia las enormes y abiertas puertas del hangar.

La muchedumbre se abalanzó en busca del ídolo... La joven se apartó de la ventana y una sonrisa de orgullo satisfecho le dilataba el rostro. Se apresuró a preparar la mesa para esperar a Frisky. De antemano gozaba la felicidad de comer al lado de su marido.

El tiempo pasaba. Helen miraba cada cinco minutos el reloj. Por fin el timbre sonó imperioso. Corrió hacia la puerta con el rostro iluminado por la dicha y una dulce emoción le invadía el cuerpo... al abrir se quedó un instante paralizada: ¡allí, en el dintel, estaba Jack Bradon!

La joven trató de disimular su terrible decepción.

—Adelante, Jack, Frisky no ha llegado, pero no tardará mucho.

—Posiblemente está agobiado bajo el ejército de periodistas y fotógrafos. Va le dolerán las manos de recibir saludos—agregó Bradon.

Y tomando una mano de Helen, murmuró:

—¡Te debes sentir muy satisfecha hoy, con el triunfo de tu marido, Helen!

Inquieta por la tardanza de Frisky, apenas la joven contestó con un leve movimiento de cabeza. Se

sentaron e iniciaron una conversación cualquiera, cuando de nuevo el timbre dejó oír su cantarino repiquear. Esta vez era el héroe, ¡Frisky Pierce! Impulsivamente, Helen, se arrojó a sus brazos. Lo besaba delirante cuando sus ojos se dieron cuenta de que no estaban solos, en el dintel un grupo de camaradas y amigos, fotógrafos y reporteros, sonreía maliciosamente.

Dando un ligero grito, Helen se desprendió de los brazos de su esposo. Sonriendo, el famoso aviador la levantó en alto, como una niña, mientras decía volviéndose a los visitantes:

—Ea, muchachos, ahora basta. Mañana les daré mayores informes. Quiero estar solo con mi mujer.

Cuando se hubieron marchado, Helen volvió a prenderse del cuello de su marido y lo besaba apasionadamente. En un rincón de la pieza, olvidado completamente, Jack Bradon sufría en silencio, con el rostro palidísimo la tortura de unos celos que él mismo no quería confesarse... Pero, como tantas otras veces, el sentimiento de la amistad que lo ligaba a Frisky se sobrepuso y sonriendo se acercó a la pareja.

—Bueno, cuando haya un momento para mí, me avisan. Oye, «primera página»—continuó poniendo una mano en el hombro de su amigo—, necesito hablarle.

Frisky se desprendió de los menudos brazos de Helen y saludó a su camarada.

—¿Tú también me quieres entrevistar, viejo diptérico?

—No, Frisky, no es entrevista. Tengo una gran

noticia que darte. Nada de contarle a los periódicos, pues aún se trata de algo secreto, pero sabrás que voy a hacer un gran vuelo en mi globo de gas (así llamaba Bradou al dirigible).

—¿Dónde? ¿Por encima de la Bahía?—repuso Frisky, riendo.

—Nada de eso, viejo. Se trata de un viaje de exploración con Rondelle al Polo Sur. Necesitamos llevar también un aeroplano y pensé que quizás te gustaría correr también la aventura, ¿qué dices?

Los ojos de Frisky brillaron de entusiasmo. ¡Cómo, al Polo Sur en avión! ¡Eso es formidable! ¡Una locura! Pero da seguro que te acompaño: Jack, cuenta conmigo.

El rostro de Helen, al escuchar aquello, se cubrió de mortal palidez. En sus grandes ojos brillaron unas lágrimas y al notar Jack el cambio que se operaba en el semblante de la joven, equivocó las causas, de manera que apresurándose pidió excusas y se marchó, no sin antes haber prometido a Frisky darle más detalles sobre aquella arriesgada aventura polar.

Al quedarse solo con su esposa, Frisky corrió a ella y la tomó en sus brazos. Al ver que la joven temblaba y estaba palidísima, le preguntó ansioso:

—¿Qué te pasa Helen—¿Cansada de tanta gente, mi vida?

La joven quería ocultar su emoción. Detestaba comenzar aquella entrevista con su marido, tras ausencia tan larga, dándole quejas. Pero no podía controlar las lágrimas que se agolpaban a sus ojos y murmuró mientras se refugiaba en los fuertes brazos amados:



—Es que tengo siempre miedo cuando estás en el aire... después la misma emoción de tus triunfos y... como estamos siempre separados.

Pero mi vida, cuando me ordenan salir tengo que hacerlo. Ya sabes lo que es la disciplina, el deber...

Sin poder contenerse, Helen respondió:

—Si el deber. Pero ahora nadie te ordena ir al Polo con Jack... Oh, no, Frisky, eso no. No puedes abandonarme... sería para siempre, no puedes hacerlo.

La joven sollozaba histérica.

Frisky nervioso, se paseaba por la estancia.

—Pero, Helen, sé razonable. Jack me ha propuesto acompañarlo. Tú misma no me aconsejarías desairar a nuestro mejor amigo, ¿verdad?

Y continuó.

Además, piensa lo que representa para mí la gloria.

Helen se volvió bruscamente.

¡La gloria! ¡La odiada gloria!

¿De manera que si Jack no te lo hubiera pedido no irías? ¿Si él no se hubiese empeñado, tú desistirías?

Para calmarla, Frisky contestó:

—Desde luego, tontuca. Y ahora olvidemos eso, que después de todo aún no se ha decidido, y quizás Rondelle cambie de idea y no quiera ir al Polo Sur en avión.

CAPITULO II

Los preparativos para aquel propuesto viaje al Polo Sur siguieron su curso.

La ansiedad de Helen crecía. Frisky apenas estaba en casa, absorbido en aquella aventura i peligrosa. Finalmente la desesperación de la joven llegó a un punto culminante, y, determinada, se en camino hacia la oficina de Jack Bradou. Sin preámbulos, con la presa de su ansiedad, abordó directamente el asunto:

Jack, vengo a hablarte de Frisky. Hace poco que llegó. Ahora se dispone a emprender la marcha de nuevo. Y lo que es peor, al fin del mundo. Por favor, Jack, no quiero que él vaya. No sé que sería de mí si Frisky emprendiese esa aventura. Te ruego que lo hagas desistir. Jack. No lo laves.

¿Yo? dijo Jack poniéndose bruscamente a recorrer el cuarto a grandes zancadas—. ¿Yo?... pero si yo mismo no lo escogí. Date cuenta Helen; Rondelle ha hecho sus planes y Frisky está dentro de ellos.

—Lo sé Jack. Pero tú puedes escoger veinte pilotos más. Yo tengo uno solo: Frisky. Tú puedes substituirlo por otro cualquiera, y me harías tan feliz Jack.

Bradou se acercó nervioso y le tomó un brazo a la joven.

—Tú sabes que yo haría cualquier cosa por tí, Helen, pero lo que me pides es imposible. Yo no puedo decirle ahora que no va. Quizás tú podrías persuadirlo.

—No Jack. Yo no podría. El cree que está prestandote un gran servicio y tú sabes cuánto Frisky te quiere.

—Bueno, la verdad es que Frisky es un factor muy importante en la expedición, Helen murmuró Bradon.

Los ojos de Helen se llenaron de lágrimas.

—Está bien Jack. Veo que no quieres o no puedes... adiós...

Bradon no pudo resistir a aquel dolor tan vivo. Era la primera vez que Helen, la mujer a quien amaba con toda su alma, le pedía un servicio de importancia. Ante las lágrimas aquellas la voluntad del hombre flaqueó. Anulada su voluntad por la nueva emoción que sentía, se dispuso a traicionar la fe del amigo en beneficio de la tranquilidad de la amada.

—Está bien Helen. Frisky no... Te lo prometo.

—¡Oh, Jack, querido Jack! Gracias. Prométeme ahora que él jamás se enterará de que yo he intervenido porque no me lo perdonaría nunca.

E impulsivamente, Helen Pierce se arrojó a los brazos de su amigo, y tomándole la cabeza entre sus manos, lo besó devotamente.

Ligera, con el rostro radiante por la nueva felicidad que la embargaba, salió del aposento.

Jack Bradon, en medio del cuarto parecía la estatua del abatimiento. Comprendía que había pro-

metido a Helen una cosa absurda. Y se sentía cobarde ante sus propios ojos.

La oficialidad del Puerto Naval de Lakeshurst celebraba con un gran baile en el «Pensacola» el formidable dirigible, la partida de los exploradores. Rondelle no cabía en sí de gozo. Aquello representaba el más caro sueño de su vida.

Bradon se preguntaba en qué forma le daría la terrible noticia a Frisky. Este había sido entrevistado por cada repórter y los diarios dedicaban grandes columnas a las futuras hazañas del aviador intrépido. El golpe Bradon lo sabía—sería terrible para el joven. Pero era preciso, porque se lo había prometido a Helen. Y había que hacerlo enseguida, antes que los últimos preparativos se llevaran a efecto.

Por fin, heroicamente, Jack se acercó a su amigo.

—Frisky, necesito hablarte. Ven conmigo al hangar.

Según se acercaban, la nerviosidad de Bradon aumentaba.

—Frisky, tengo muy malas noticias que darte. Se trata del viaje... en fin, que tú no puedes acompañarme.

—Vamos, ya conozco tus bromas—dijo Frisky riendo—. ¿Eso es una nueva verdad?

—No, hablo en serio, Frisky. He cambiado de planes y es preciso que renuncies al viaje.

—¡Renunciar! ¡Pero estás loco, Jack! Tú mismo me pediste ir. ¿Por qué habría de renunciar ahora? Todos los diarios hablan de mi viaje... ¡Imposible! ¡Tú no puedes hablar en serio!

Bradon se mordió los labios. Aquello era superior a sus fuerzas.

—¿Me has oído Frisky? No puedes ir... o renuncias tú o tendré que usar mi autoridad para eliminarte de la lista yo mismo.

—Pero la gente dirá que soy un cobarde, que he cogido miedo a última hora. Qué ha pasado, Jack, vamos habla.

—Nada. Es que no puedes ir. De todos modos no te apenes. Durante el año has recibido bastantes honores y aplausos. ¿No estás satisfecho aún?

Frisky miró a su amigo y en sus ojos había ahora un sentimiento de furia y desprecio.

—¡Ah, comprendo!... Está celoso de mis triunfos. El amigo y camarada tiene miedo que yo le robe toda la gloria.

Y agregó irónicamente:

—¡Qué imbécil he sido! ¡Yo que creía en la amistad!

É indignado prosiguió:

—Está bien, no iré con Vds. Pero date prisa, Bradon, porque te guste o no, yo iré al Polo, y quizás llegue a tiempo para recoger caritativamente tus despojos.

Y bruscamente se alejó del hangar.

Jack lo vió partir. En sus ojos de militar honrado brillaron dos enormes lágrimas. ¡Acababa de perder al mejor amigo, para complacer a la mujer amada, inaccesible para él!

El gigantesco dirigible «Pensacola» partió por fin de la Estación de Lakehurst hacia aquella inaudita aventura.

Las demostraciones de la multitud que se había agrupado en el campo de aterrizaje, eran entusiastas e imponentes.

Por fin el coloso de los aires se alzó a una altura de seis mil pies y graciosamente comenzó a dar vueltas en círculo por encima de la estación, hasta que desapareció, en línea recta hacia el sur, seguido por los hurras de la marina y los demás espectadores.

Enorme amargura llenaba el corazón de Frisky. Hasta el último instante en su corazón aleteó la esperanza. Pero ahora que el Dirigible había partido llevándose a los que tuvieron más fortuna que él, que había sido definitivamente dejado atrás, su dolor apenas era controlable.

Por un momento, ante aquella verdadera y ruda desesperación, Helen sintió miedo. Se acusó de egoísta, pero, ¡lo amaba tanto!... También ella tenía el derecho de velar por su propia felicidad!

El segundo día de la partida, el Dirigible «Pensacola» se encontró envuelto en una súbita tempestad, mientras atravesaba el mar Caribe. Bradon trató de conjurar el peligro elevándose a una altura de 17 mil pies, pero ni aún así pudo escapar a la enorme tormenta.

El gigantesco barco aéreo se sintió sacudido por el viento, hasta parecer un pobre pájaro preso por horribles temblores. Los elementos en furia, luchaban por destruir la obra de la soberbia del hombre.

En el interior del coloso comenzaron a crujir las enormes vigas de acero, y Bradon se confesó a sí mismo que la única manera de salvación era volver sobre sus pasos, abandonando la aventura por el momento.

El gas que llevaban consigo no les permitiría, bajo aquellas inesperadas condiciones, llegar hasta Punta Arenas, el primer lugar de aterrizaje en la ruta.

Pero cuando quisieron volver era tarde. El monstruoso avión fue destruido sin piedad, aunque no se lamentó la pérdida de ninguno de sus arriesgados ocupantes.

Así fracasó el primer intento para conquistar el Polo Sur por la vía aérea.

Cuando Frisky tuvo conocimiento del fracaso de su antiguo amigo, sintió cierta inocente y perversa alegría... pero evitó encontrarse con Jack Bradon. Este, por su parte, evadió a Frisky y a Helen, amargado como estaba por aquel fracaso.

El «Pensacola» fue desbaratado, y Bradon recibió órdenes de encaminarse a Washington para supervisar la terminación del avión «Los Angeles», el dirigible que tomaba el lugar del viejo «Pensacola».

Mientras tanto, Rondelle, que ya había fracasado dos veces en su intento de llegar al Polo Sur, con la tenacidad de los iluminados, se preparaba nuevamente para la aventura. Concibió una nueva idea: conduciría un avión y los combustibles, tripulación, etcétera, por agua, hasta el lugar más accesible, en la región polar, y después volaría al mismo Polo en el aeroplano. Con estas nuevas perspectivas e ilusiones se acercó a Frisky proponiéndole la aventura. Naturalmente Frisky, a pesar de la violenta protesta de Helen, accedió: era su oportunidad y por nada del mundo la hubiera dejado escapar.

Helen, al convencerse de que nada podría cambiar los planes de su marido, tomó una resolución,



aceptaría los acontecimientos y pondría la mejor cara bajo tales circunstancias... pero sería la última vez que perdonaría a Frisky su abandono.

La noche antes de la partida ofreció una fiesta en su casa ocultando el dolor que la embargaba trató de mostrarse alegre. Frisky, a pesar de su carácter frívolo, contemplaba a su joven esposa un tanto desconcertado por aquella alegría, que él sabía que era ficticia.

Helen leía en voz alta los mensajes de despedida y congratulación. De pronto, un joven oficial propuso un brindis: «A la salud de Frisky Pierce y de Rondelle... a los primeros hombres que volarán hacia el Polo Sur. Todos los presente levantaron su

copa. Helen, adelantándose a los demás, con voz donde había infinita amargura e ironía propuso:

—Por el éxito de ese viaje en pro del mejoramiento y adelanto de la raza humana.

Un fotógrafo hizo su entrada en la sala. Frisky por la primera vez, rehusaba este atentado a darle publicidad, negándose a posar, pero Helen lo interrumpió:

Desde luego que posaré—dijo llamando al fotógrafo—. Y posaré conmigo. Después yo le daré un pie magnífico para poner debajo de la fotografía: «La solitaria compañera vaga nostálgica, esperando la vuelta del águila errante...» Y una nerviosa cargada terminó la frase.

Cuando el fotógrafo hubo terminado, Frisky tomó a Helen por un brazo y se alejó con ella. Una vez solos se volvió a la joven.

—¿Qué te pasa Helen? Te encuentro rara.

—¿De veras? No es nada. No te parece que era ya tiempo de que despertara a la realidad, y tratara de darle valor a un marido tan furoso y valiente?

—¡Mi vida! Yo sabía que tú acabarías por comprender la oportunidad espléndida de esta aventura. ¡Ah!, te podré enseñar a Jack Bradon, cómo se llega al Polo Sur, cuando uno es hombre.

Los amigos irrumpieron en el cuarto donde estaban los dos jóvenes. Casi a la fuerza se llevaron a Frisky para posar de nuevo al lado de Rondelle. Mientras tanto, Helen, disimuladamente se encaminó a su cuarto. En su rostro había una rara expresión de determinación. Se acercó a un escritorio y sin vacilar tomó una pluma. Sus manos nerviosas trazaron algunas líneas en un pliego de papel

y metiéndolas apresuradamente en un sobre, lo selló. En aquel pliego había escrito las palabras siguientes:

«Frisky: Cuando lees esta carta tu nombre aparecerá de nuevo en todos los rotativos de la Nación. Tu gloria será tanta que te sentirás el hombre más dichoso de la tierra. Tú has tratado de ponerme a un lado de tu vida, como objeto secundario. Pero quizás en esos mismos periódicos haya espacio para un nombre más: el mío. Porque mientras tú vuelas en busca de fama y te pierdes en el Polo Sur, yo estaré en los brazos de Jack Bradon, que me ama. Mi desierto consistió en casarme con un maniático de gloria. Éste es mi último adiós, Helen.»

Calmosamente, Helen escribió en el sobre:

«Para ser abierta al momento de llegar al Polo Sur.»

Con un suspiro de alivio, la joven se encaminó al salón donde las parejas bailaban. Llamándolos a todos y agitando sobre su cabeza la carta, dijo:

Aquí está esta carta para Frisky. Ustedes son testigos de que dice que no la abra hasta llegar al Polo.

Emocionado, ajeno al contenido de aquella misiva, el joven se guardó la carta, mientras la besaba y decía:

—No me olvidaré de leerla en seguida que llegue, mi vida.

CAPÍTULO III

Frisky había obtenido de la Marina un permiso de dos años para aquella expedición.

Naturalmente, ni él ni Rondelle, creían que el viaje de exploración por aquellas regiones antárticas duraría tanto tiempo.

Con la frivolidad de su carácter, Frisky se había despedido de su joven esposa, con la misma simpleza que si se tratara de un viaje de una semana a lo más. Para su maravilloso optimismo aquella aventura rodeada de peligros, no representaba sino otro vuelo más.

Helen pensaba en aquel momento decisivo y angustioso de la separación y su resentimiento creció.

A su lado, acostado en la playa donde habían ido a refugiarse del calor trepidante, estaba Jack Bradon, atento, siempre listo para satisfacer sus menores caprichos.

La joven lo observaba a través de sus largas pestañas y se decía que este hombre jamás la habría abandonado. Jack Bradon hubiera antepuesto su felicidad a toda la efímera gloria que el mundo podía ofrecerle. Como siempre, como cada minuto de su vida, sus pensamientos volaban hacia Frisky.

De pronto una idea punzante la asaltó: ¿Habría tratado con justicia a su marido? ¿Acaso no fue aquel carácter un poco petulante, aquel arrojo y an-

helos de aventuras, lo que más le había fascinado del joven Pierce en los remotos días del noviazgo?

Por la primera vez Helen se miró retrospectivamente, examinándose el alma. Pensó en aquella carta fatal que escribiera la noche de la despedida y una inquietud angustiosa se apoderó de ella. Le pesaba la violencia de su decisión. Aquella carta que representaba su venganza. La venganza por las noches amargas esperando la vuelta del marido; por sus días completos, de incertidumbre cruel, rezando para que nada le ocurriese. Por las lágrimas que había derramado durante los dos años de matrimonio.

La voz de Bradon le interrumpió bruscamente los pensamientos.

—Hace mucho tiempo que tus ojos vagan por la inmensidad, Helen. ¿Dónde estaban tus pensamientos?

—¡Oh!, en ninguna parte especialmente—¡No la joven volviendo a la realidad—. Pensaba en panoramas lejanos, en inmensas extensiones de nieve.

Jack Bradon sabía que Helen seguía con el poder de sus pensamientos a Frisky. Y tratando de distraerla para que la joven no sufriera, propuso:

—Helen, ya mi otro dirigible, el «Los Angeles» está listo. Te preparaba esa sorpresa para mañana, ¿quieres que vayamos a verlo ahora, listo para el último ensayo?

La joven se excusó.

—No, Jack, prefiero estar aquí en estas arenas tibias, frente al mar inquieto—y cerró los ojos para perderse de nuevo en sus pensamientos tormentosos.

El ruido de un motor le hizo abrir los ojos. Por encima de sus cabezas, zumbando como un animal

prehistórico, se cernía un enorme avión. Por un momento las pupilas de la joven se dilataron y un temblor agitó su cuerpo, mientras suspiraba fuertemente. Jack Bradon se acercó más:

—¿Estás nostálgica, Helen?—le dijo muy quedo.

—¿Nostálgica?... Vamos—respondió Helen tratando de reír para ocultar su turbación—, ¿cómo podría estarlo contigo aquí, Jack?

—Bueno—repuso el bravo oficial un poco turbado con la respuesta de Helen—. Barcos van y barcos vienen, pero yo siempre quedaré aquí, a tu lado.

—Dime, Jack—dijo la joven de pronto—, si me dase en línea recta desde aquí, ¿crees que llegaría a París?

Jack rió.

—¿A París? ¿Por qué a París?

—¡Ah! Porque allá se puede ir para divorciarse, Jack, ¿verdad?

Una infinita angustia llenó los ojos de Bradon. En su alma tenía lugar una terrible lucha. Por una parte el amor hacia Helen, que cada día parecía más imperioso, más potente; del otro lado la amistad a Frisky, sentimiento hondo y leal, de antiguos camaradas. No importaba lo que había sucedido: Frisky era siempre su mejor amigo.

Por fin, tomando las manos de la joven entre las suyas y oprimiéndolas dulcemente murmuró:

—Si tú vas a París, Helen, yo te seguiré.

Era una declaración tácita. Una promesa.

Helen lo comprendió así. Miró largamente a Jack y sonriendo repuso:

—Si voy, Jack, quiero que me siga.

La joven sentía una verdadera emoción que di-

ficilmente podía ocultar; de pronto se puso de pie y frivolamente, a manera de puerta de escape, se lanzó hacia el mar, a donde Jack la siguió y ambos se perdieron, nadando, en la mole verdosa de las aguas.

Mientras Helen y Jack Bradon se mecían en las ondas de aquel mar tibio y restaurador, una escena bien distinta ocurría en las frías e inhóspitas regiones antárticas.

Frisky, Rondelle y la tripulación de aquella aventurada expedición, preparaban sus tiendas en la vasta extensión helada; se ababan de sufrir una de las tempestades de nieve tan comunes en aquellos hemisferios. Uno de los aviones había destruido, y aprovechaban la oportunidad del primer día favorable, para descansar y examinar los otros aparatos, el combustible que les quedaba, etc.

Rondelle intentaba llegar al punto culminante de su expedición al día siguiente. El invierno se aproximaba y otra furia de los elementos haría imposible el avance de la caravana.

Frisky había reportado que todo estaba listo. Aquella noche los expedicionarios se la pasaron estudiando los mapas, marcando cuidadosamente las barreras heladas de diez mil pies de altura, que al otro día tendrían que salvar, conquistar, vencer.

A la mañana siguiente todos los hombres de la expedición se acercaban emocionados al gran explorador para recibir sus últimas instrucciones y verlo partir con Frisky, Mc Guire, el mecánico, y Hansen, el operador de radio.

Rondelle hablaba:

—Ahora, muchachos, ya sabéis: nosotros partimos. Tenemos que subir y salvar una barrera diez u once mil pies. Va a ser peligroso. Hemos cargado el avión con aquellos combustibles necesarios en caso de un aterrizaje forzado. Si dentro del término convenido no hemos vuelto, mis órdenes son éstas: Volved vosotros a la civilización. Ni una palabra. Yo sé que todos quisiérais compartir nuestra suerte pero es imposible. Yo os comiendo a partir porque sería imposible después a causa del invierno.

Frisky se disponía a subir al avión, pero antes dió sus órdenes al mecánico y Hansen:

—Y vosotros ya sabéis, cuando yo mueva mis manos comenzad a arrojar las mercancías. Sería difícil subir y hay que ayudar al barco. Lo último que se echará, si tal caso llega, es el Radio. Ahora, muchachos, arriba. Vamos Rondelle, todo está listo.

Y volviéndose bruscamente a Mc Guire y a Hansen, añadió:

—Y si cuando hayamos echado el Radio y todo lo demás, el avión no sube, entonces, muchachos, tendremos que echaros a vosotros. ¿Conformes?

—¡Conformes, Frisky!—gritaron entusiasmados aquellos valerosos hombres.

Después primero, luchando para arrancarse de aquellas nieves, el motor dejó oír su peculiar trepidación. Debajo, los que quedaban mostraban su pena y a la vez su entusiasmo y batían las manos, gritando sus hurras para alentar a los bravos que partían. El motor luchaba bravamente para ganar la altura. Por fin, en un esfuerzo supremo, a los mil pies, dió una vuelta en redondo, por encima del campamento



y enderezó su proa hacia el Sur. Camino del Polo, a seiscientas millas de allí.

El día estaba claro y brillante. Cuidadosamente, Rondelle estudiaba el territorio y hacía anotaciones en su diario. De vez en cuando tomaba fotografías a una altura de cinco o seis mil pies.

Después de varias horas de volar sin interrupción se enfrentaron con la barrera monstruosa de hielo. Frisky luchaba en vano para ganar la altura necesaria. El único medio de salvar el problema inminente con el cual contaban de antemano, era deshacerse de la comida... y hacia los abismos helados comenzaron a caer sacos, uno a uno hasta no quedar

sino pequeños residuos de comida. Desesperadamente, Frisky se volvió a sus compañeros:

— ¡Todo! ¡Todo! ¡Echadlo todo! De lo contrario iremos a estrellarnos en esa mole.

La cámara de Rondelle cayó a los abismos, también y el avión se elevó unos diez pies. Pero era poco. Empero, suficiente para pasar, casi rozándola, la mole enorme. Y el gran plato de hielo quedó debajo.

Desde un rincón del avión, Hensen, el operador, transmitía la noticia formidable: «¡Estamos encima del Polo! ¡Victoria!»

Rondelle, el rostro iluminado por una alegría sin precedentes, no podía ocultar su emoción. En cuanto a Frisky, sonriente, con las manos en el volante, sabía que aquel triunfo dejaba pálidos a todos los anteriormente conquistados.

Lleno de júbilo, el viejo explorador se volvió a Frisky, y con voz donde había una emoción infinita, dijo:

—Bravo, camarada. Aquí clavaremos nuestra bandera. ¡Arrojémosla!

Con el entusiasmo de su juventud ardiente y la frivolidad que lo caracterizaba, Frisky gritó:

—No, no la arrojaremos, vamos a aterrizar, viejo amigo.

—¿Acaso no es peligroso, Frisky?

Pero en las miradas del explorador se leía cuánto anhelaba clavar, con sus propias manos, aquella bandera que simbolizaría la más hermosa hazaña del siglo.

Imprudente Frisky repuso:

—No, ningún peligro, maestro. Hermoso y perfecto campo de aterrizaje.

El avión dio unas vueltas y comenzó a bajar. De pronto algo espantoso ocurrió. Una de las hélices había tocado algo insólito, un cuerpo duro, y con la precipitación de todas las tragedias, en el instante en que alcanzaban el triunfo más completo de su vida, los valientes exploradores se sintieron sacudidos, volcó el avión y las llamas lo cubrieron. ¡Todo había ocurrido en un segundo!

De entre los escombros ardientes, la voluntad indomita de Frisky sacó a sus compañeros.

Rondelle y Sock estaban gravemente heridos. Frisky y Hensen habían escapado milagrosamente.

Tras desesperada lucha los cuatro hombres estaban fuera del alcance de las llamas que destruían inmisericordiosas el avión.

Muy pocas provisiones habían quedado, y de éstas muy pocas pudieron salvar.

Todo maltrato, el radio fue arrancado a la voracidad de las llamas. Se habían estrellado en el mismo Polo. A un extremo del Globo terráqueo, con comestibles quizás para diez días y perdido para el mundo, fuera de toda posibilidad de salvación.

CAPÍTULO IV

Rebrillamente, Hensen trató de hacer funcionar el aparato. El radio había sufrido tantos desperfectos que milagrosamente podría enviar un mensaje para hacer conocer la desgracia ocurrida. Por fin, débilmente, el mensaje fué mandado y el mundo conoció la llegada de los bravos al Polo Sur, al mismo tiempo que la catástrofe que los dejaba a merced de los elementos.

Al lado del radio, desde su apartamento, Helen oyó, angustiada, la noticia de la victoria obtenida por Frisky. Y en aquel momento se acusó de la carta que escribiera... Frisky había llegado al Polo. Leería la carta fatal y la felicidad de Helen Pierce, que lo amaba a pesar de todo, y que jamás dejaría de amarlo, quedaría enterrada entre aquellas nieves odiosas que se lo arrelutaban... Impulsivamente cambió la estación. No quería oír nada más. El anunciador de la gran noticia acababa de decir que la esposa de Frisky Pierce estaría en esos momentos escuchando, orgullosa y feliz, el triunfo del esposo... Helen no quiso escuchar una palabra más.

De manera que cuando un momento después el operador decía que pasaba algo raro, porque de pronto el radio de los exploradores dejaba de funcionar, Helen Pierce no se enteró.

Horas después llegó Bradon a casa de la joven. Su rostro estaba palidísimo y sus manos temblaban, tratando de sostener una hoja impresa donde se leía «EXTRA».

Helen comprendió que algo grave ocurría. Sus ojos se fijaron en aquel papel y cayeron sobre un nombre: «Frisky Pierce».

Le arrebató el periódico de las manos a su amigo enloquecida, comenzó a leer: «Restrellados al momento de aterrizar en el Polo». Un grito desesperado se escapó de los labios de la desgraciada joven. Loca de terror se prendió a los brazos de Bradon, mientras sollozaba.

—Oh, Jack, qué vamos a hacer! Es preciso salvarlo, es preciso ir en su busca. Dime, ¿cómo puedo llegar hasta allá, Jack? ¿Frisky, mi Frisky me necesita!

Jack siempre había sospechado que Helen, a pesar de sus declaraciones de divorcio, etc., amaba a Frisky. Le estrechó una mano a la joven y sin otro comentario, le dijo:

—Comprendo Helen. Es preciso salvarlo. Iré en su busca.

Y tras una lucha titánica con sus Jefes que se oponían a semejante proyecto descabellado, Jack Bradon logró un permiso de la Marina para salir en el formidable Dirigible «Los Angeles» en busca de su amigo.

Mientras tanto, Frisky Pierce y los otros exploradores, hambrientos, desesperados, trataban de darse valor. Apenas quedaban provisiones. La fatiga los vencía. Rondelle, gravemente herido, pese a los cuidados de Frisky que juraba sacarlo vivo de allí, no

podía resistir a sus años; a la inclemencia del tiempo. A los pocos días, el gran explorador moría y los otros tres hombres cavaban su fosa en aquel mismo Polo, única y más ambición de su vida.

Pocos días después, Sock, el pobre piloto, corría la misma suerte. Sólo quedaban Frisky y Hensen, y frente a ellos, la blanca extensión de nieves, los amenazaba sombríamente.

El Dirigible «Los Angeles» piloteado por aquel bravo Jack Bradon, luchaba bravamente. Por fin, ocho días después de inauditos esfuerzos lograba remontarse por sobre aquella mole de hielos y enfila su proa hacia el Polo Sur, en cuyas regiones, ahora cercanas, quizás quedaba el cuerpo inanimado del hombre a quien Helen amaba.

Después de una inspección cuidadosa, un día, uno de los pilotos dió la voz de alarma: debajo, como figuritas liliputicasas, se distinguían dos sombras... dos masas...

Inmediatamente, Bradon, hizo que dos hombres bajaran en sus paracaídas y minutos después los cuerpos casi sin vida de Frisky Pierce y Hensen, yacían en las camas del Dirigible, bajo los cuidados socorros del médico de a bordo.

Hensen deliraba, Frisky, aunque debilitado y ciego por las nieves, había recobrado el conocimiento. Como si nada hubiera pasado entre ellos, los dos amigos se abrazaron emocionados. Después de este primer momento de emoción, Frisky le preguntó a su amigo:

—¿Y Helen? ¿Cómo la dejaste, Jack?

—¡Oh!, perfectamente, pero angustiada esperando tu vuelta.

— Ah! —dijo de pronto Frisky dándose una palmada en la frente—. Vé a mi saco «Bimpo» (así llamaba a su amigo en los días de tierna camaradería) y coge una carta que tengo allí de Helen. Me dijo que la leyera al llegar al Polo. Como no puedo leer te ruego de hacerlo por mí... al fin tú no vas a ruborizarte porque eres de la familia.

Con manos temblorosas Jack Bradon abrió aquella carta. Durante un momento sus ojos la recorrieron... La garganta le dolía como si unas manos férreas lo oprimieran... Pero sobreponiéndose leyó: «Amor mío: Al llegar al Polo Sur, leerás esta carta. Habrás alcanzado el mayor éxito de tu carrera. ¿Qué diría yo que pudiera ser superior a ese gran triunfo...? Que te amo y que deseo que vuelvas sano y salvo a los brazos de tu Helen.»

Una sonrisa de felicidad dilató el rostro de Frisky. Y otra de angustia, de renunciamento, de adiós para siempre al amor, el de Jack Bradon.

Por la ventanilla del avión, Bradon arrojó la carta que voló, voló, como una paloma mareada de pronto por la altura, hasta perderse en las regiones infinitas donde jamás una mano la encontraría.

Algunas semanas después New York, delirante, vitoreaba a los conquistadores. El pobre Rondelle no estaba allí para gozar de aquel triunfo; pero desde su tumba de nieve prendía la inspiración y el respeto a esta masa que también lo aplaudía a él.

Frisky Pierce, para quien estos honores, ahora, después de la gran lección que la vida le acababa de enseñar, eran ficticios, corrió a su casa dejando a Jack solo para gozar del éxito y de aquellos honores que el pueblo le hacía.

Por la primera vez en su vida, Frisky Pierce abandonaba la posibilidad de una entrevista sensacional y de unos burras aduladores.

La gloria, la única que ahora el joven aspiraba, la encontraría en los brazos de su mujer, en Helen, a la cual amaba infinitamente.

Frisky Pierce jamás supo el sacrificio de Jack. Pero Helen sí, y en el corazón de la joven floreció una enorme flor blanca de pureza insospechable que se llama "Gratitud".

FIN

